

CARTAS DEL DIRECTOR

Antonio Abril



Paro y desahucios han sido dos temas que han monopolizado la información y las tertulias de los medios de comunicación en los últimos días. Como para obviarlos, sobre todo cuando nos muestran la peor cara de la sociedad actual, con una gran parte de la misma atrapada por un drama al que no se le adivina el final.

Ambos temas van absolutamente concatenados porque el hecho de tener una nómina era suficiente para que se concediera una hipoteca y se pudiera acceder a una de esas viviendas que muchas de las entidades bancarias promovían. Ahora, cuando el paro ha dejado a esos hipotecados sin nómina y tras años formando parte de esas nefastas estadísticas con las que

El drama que no cesa

nos "obsequian", trimestre tras trimestre y mes tras mes, la EPA y los servicios de empleo de las comunidades autónomas, han acabado con las pocas o muchas reservas que tenían. El problema, como una bola de nieve, se hace mucho más grande e irreversible: sin ingresos con los que cubrir las necesidades más elementales, sin casa para vivir, pero con una deuda a la que no poder hacerle frente.

La destrucción de empleo es la gran tragedia a la que el Gobierno no ha sabido encontrar solución. El paro penaliza el consumo que a su vez in-

cide negativamente sobre la producción de bienes y servicios que avoca a las empresas al cierre. Pero es que además el parado en vez de ingresos supone gastos para el Estado. Una cifra ingente, como ingente es la cifra de desempleados.

Cuando muchos conferíamos efectos positivos a la flexibilización del mercado laboral, la realidad es que la reforma, de la que ya prácticamente nadie habla, no se ha mostrado eficaz y el paro, salvo por circunstancias de estacionalidad, ha seguido aumentando. Un paro que, a su vez, ha ge-

nerado un trabajo precario que no es ni siquiera bueno para la empresa, porque no favorece la identificación del trabajador con ésta. Ni para la sociedad. Pero tampoco nadie se acuerda ya de eso de vincular los salarios a la producción, que es lo que ha llevado a una empresa como Mercadona a un éxito reconocido por todo el mundo. Y es que aquí pasamos directamente del blanco al negro. No hay grises intermedios.

Será importante solucionar los problemas de la banca, y reducir el déficit, pero no lo es menos buscar soluciones para la pequeña y mediana empresa y de los autónomos. Es la única manera de crear empleo. ¿Y los sindicatos? Pues de huelga...

FIRMA INVITADA

Carlos Baltés



Marcos Tejada y su mujer Beatriz recibían en su casa de El Escorial, a los pies del Monte Abantos, a sus amigos en una cena veraniega. Los invitados fueron llegando paulatinamente a la hora convenida; ¡Bueno!, más o menos, porque en España la hora de una cita es siempre algo muy relativo. Venían todos bastante morenos porque estaba siendo un verano soleado y tranquilo. Las mujeres llevaban vestidos de colores fuertes y los hombres camisas frescas de colores discretos. Solo los anfitriones vestían de blanco.

Pronto comenzó la cena junto a la piscina. La noche era deliciosa, muy estrellada, y corría una suave brisa que traía los gratos aromas de los pinares vecinos.

Isabel, una de las invitadas comentó: ¡Qué bien se está aquí...!

–Sí, por supuesto –contestó Cándido, otro de los invitados–. Aquí no puede pasar nada malo.

–Nada os inquieta, ¿verdad? –inquirió Marcos, el anfitrión–. Sí, hay sitios en que parece que nada desagradable puede ocurrir en ellos.

–Menos cuando ocurre –señaló Borja–.

–Por favor, Borja no seas agorero –intervino Beatriz–. No estropees la velada con vanas historias. Y prepárate para degustar una deliciosa lubina a la sal que ha preparado Domitila.

–No soy agorero, y nada va a pasar, espero –contestó Borja ante la atenta mirada de su mujer, Felicidad–. Creo que no va ocurrir nada, pero los pensamientos son libres y las inquietudes también.

–Estás un poco misterioso esta noche, Borja ¿no te parece? –dijo Beatriz, la anfitriona– ante la actitud ligeramente preocupada que mostraban ya algunas invitadas.

–Es que hay cosas misteriosas que no se conocen –insistió Borja–. Creo, Felicidad, que deberías decir lo que te preocupa. Son nuestros amigos y te podrán aconsejar

–¡Por Dios, Borja!, cállate –contestó Felicidad–.

La llegada de la lubina envuelta en la sal rebajó

El Trasplante

la tensión creciente que se adivinaba en los comensales. Los parabienes a la cocinera por la exquisita pieza marina y por las diversas salsas que había preparado al efecto alejaron las sombras de inquietud que se habían esparcido sobre la mesa.

Ya se estaba terminando el gustoso plato cuando Borja, intervino de nuevo:

–Queridos amigos, quisiera que aconsejarais a Felicidad, porque tiene un grave dilema. Me voy a permitir explicaros la situación, si mi mujer lo acepta.

–Haz lo que quieras, Borja. Ya has ido demasiado lejos –contestó Felicidad displicente–.

–Gracias, querida. Seré muy breve –continuó Borja–. Mirar, me van a trasplantar el hígado.

Tengo el hígado hecho polvo y si no me lo trasplantan, moriré dentro de algunos meses. Ya sabéis que en España tenemos un sistema nacional de trasplantes que es modelo en el mundo. Se basa en el anonimato y en la gratuidad. Y también en un sistema informático que casa con rapidez al paciente con el donante. Mi médico, que lo tiene todo preparado, me ha indicado que, por razones estadísticas, espera que el trasplante se pueda producir en las próximas semanas. Yo acepté, ¡qué remedio!, pero el doctor me pidió que preparase una reunión porque quería hablar con mi mujer. Por supuesto yo se lo dije a Felicidad, y ambos acudimos a la consulta del médico la semana pasada.

Este le explicó a Felicidad todos los pormenores de proceso y las buenas expectativas de la operación. Sin embargo, dijo el médico, he de advertirle de algo muy importante, que normalmente no se dice, porque no se sabía hasta ahora. Pero con la larga experiencia acumulada en estos procesos de trasplantes, se ha observado que el trasplante no es neutro. Me explicaré, el trasplante influye en el carácter y actitudes de la persona que recibe el órgano del donante. Quiero decir exactamente que

no solo se trasmite el órgano sino también algunas actitudes que poseía el donante cuando todavía estaba vivo: sus aficiones, su temperamento, sus temores, sus deseos... y, a veces, hasta sus recuerdos. No siempre es igual, por supuesto. Hay algunos trasplantados que no reciben influencias del donante, o muy pocas, pero en otros casos la influencia es enorme. Se han dado casos, en que el donante se había suicidado y el receptor del trasplante ha acabado por suicidarse también, a pesar de haber sido durante toda su vida una persona optimista y animosa. Todo esto lo tiene que saber usted, señora, porque usted será la que más cerca estará de él después de la operación de trasplante. Será la persona que tendrá que convivir con su marido, y a lo mejor con "alguien" más. Tiene usted derecho a saberlo. Es verdad que lo que yo le he dicho no se va a decir en alta voz, ni oficialmente, pero la profesión médica lo sabe aunque no siempre lo diga, terminó el médico.

Todos los invitados a la cena veraniega se quedaron perplejos. Sin saber qué decir.

–Yo he notado que Felicidad se encuentra tan perpleja como vosotros os habéis quedado ahora –añadió Borja– Y no sé qué hacer. Le he dicho a Felicidad que podemos renunciar al trasplante, porque tratar de conocer las características personales del donante con rapidez es imposible y, además, la ley no lo permite...

–Di algo, Felicidad –dijo Marcos–.

–No puedo decir nada. Yo quiero que Borja siga viviendo, ¡cómo no! pero, ¿quién será realmente Borja después del trasplante?

–No lo penséis más. ¡Adelante!, la vida dirá. La vida siempre se guarda la última palabra –comentó apaciguadora Beatriz–.

La apacible y suave noche de verano en El Escorial se había convertido en una velada de insospechada inquietud y pesadilla. Todos habían comprendido que los trasplantes de órganos no son neutros, pues a veces tienen influencias inesperadas.